

M^a Rita Martín Artacho, Elisa Estévez López,
Elisabeth Münzebrock, Aránzazu Aguado Arrese,
Jesús Morala, Ana Jaén, Rosa Dolores Pérez Pérez,
Javier Sánchez González

Colección
Cátedra Josefa Segovia nº 2

Dirigida por:
M^o Rita Martín, Cristina Andújar y Camino Cañón

Acompañar

Una mediación para el Encuentro

Coordinado por
M^a Rita Martín Artacho



2013

**CLAVES BÍBLICO TEOLÓGICAS DEL
ACOMPAÑAMIENTO EN LOS EVANGELIOS.
LA EXPERIENCIA DE JESÚS**

Elisa Estévez López

Universidad Pontificia Comillas

Volver los ojos hacia el Jesús de los caminos, al Jesús enamorado de Dios y de la “creación entera que hasta el presente gime y sufre dolores de parto” (Rm 8,22), dirigir la mirada al que siendo eternamente amado¹ “nos amó hasta el extremo” (Jn 13,1), no es sino un ejercicio de seguimiento y de discipulado. Así nos lo presenta el autor de la carta a los Hebreos. Utilizando la imagen del atleta, las discípulas/os han de *correr con fortaleza* (“*fijos los ojos en Jesús, el que inicia y consume la fe*” (Hb 12,2).

Fijos los ojos en Jesús porque él nos abre al misterio de amor trinitario, al Dios comunión. *Fijos los ojos en Jesús* porque es él quien nos desvela verdaderamente quiénes somos, quien al regalárenos como amor y misericordia entrañable nos abre la puerta a la experiencia de la fe, a ese sí personal al proyecto de amor de Dios con todo el universo. El camino nos lo ha mostrado Jesús en primer lugar.

¹ “... porque me has amado antes de la creación del mundo” (Jn 17,24).

Así lo manifiesta la carta a los Hebreos: él es el *precursor* a la vez que el *consumador* de la fe. Nos muestra el itinerario de la fe, como también lo han hecho la “nube de testigos” (Hb 12,1) que nos han precedido, Sara y Abraham, María, la samaritana, María Magdalena, Pedro, Pablo, Tecla... y tantos otros hombres y mujeres de nuestro tiempo, a quienes sin duda podemos nombrar.

Fijos los ojos en él porque sólo mirándole, escuchándole, haciéndonos compañeros/as de camino entendemos que recibimos el ser de su amor y que nuestro corazón solo encuentra sosiego en él porque él es fundamento y sentido de nuestra vida.² *Fijos los ojos en Jesús* para que su vida se haga nuestra, para que sus palabras sean las nuestras, sus gestos los nuestros, sus sentimientos los nuestros...

En concreto, en esta conferencia, volvemos la mirada a Jesús para comprender mejor cómo ser compañeros de camino con otros hombres y mujeres, cómo ser mediación que ayude a “acoger la Vida, acompañando la vida”.³

El camino de Jesús hasta la Pascua está lleno de encuentros significativos donde “nos topamos” una y otra vez con su pasión por el Reino, la única

² Cf. KARL RAHNER, *Dios, amor que descende. Escritos espirituales. Introducción y edición de José A. García*, Sal Terrae, Santander 2008, 182.

³ Expresión tomada del libro de LOLA ARRIETA, *Acoger la vida acompañando la vida. El acompañamiento en la vida cotidiana*, Vitoria 2004.

que configura plenamente su vida unificándola y estructurándola de una manera integradora.⁴ El Dios de la Vida se hace cercano y presente en el Hijo que crea lazos de fraternidad y extiende humanidad a su paso. Jesús se desvela ante nuestros ojos como alguien seducido, alguien que ha saboreado el amor apasionado en el encuentro con el Padre y se sabe vinculado a Él con “lazos de ternura” (Os 11,4). Pero, al mismo tiempo, como quien desde la experiencia del amor compartido se sabe enviado a realizar algo en nombre del Dios Padre-Madre y por su causa.

En todos estos encuentros se nos muestra una manera de estar y acompañar muy cualificada, y que siempre partirá de la realidad concreta de las personas, deteniéndose a mirar y escuchar atentamente desde el amor. Dada la limitación de tiempo que supone esta conferencia, me centraré exclusivamente en aquellos encuentros donde Jesús alienta la amistad, la hermandad y crea en torno a sí una familia llamada a vivirse siempre en referencia a él y provocada una y otra vez a salir a los caminos para hacer de la historia una nueva creación.

De la mano de los textos bíblicos, recorreremos algunos de estos encuentros, donde Jesús se desvela como compañero de camino, como “partera” que ayuda a sus discípulos y discípulas a dar a luz la nueva vida a la que han sido convocados. En los evangelios no encontramos un tratado sistemático de

⁴ B. GONZÁLEZ BUELTA, *Orar en un mundo roto*, Santander 202, 45.

acompañamiento, sino que de una manera narrativa nos van presentando a Jesús acompañando en las distintas situaciones que se van presentando, y que son ocasión y oportunidad para adentrar a sus amigos y amigas en la hondura del seguimiento. La exposición que sigue a continuación es, por tanto, narrativa. Sigue el itinerario de Jesús con sus discípulos, acompañándolos en la gestación y alumbramiento de su crecimiento como hijos e hijas de Dios.

1. LA LLAMADA AL DISCIPULADO, PUNTO DE PARTIDA DEL ACOMPAÑAMIENTO

Los evangelios nos relatan cómo desde el principio Jesús llamó a discípulas y discípulos para hacer el camino con él, para iniciar un éxodo, una salida que había de plasmarse en la itinerancia, pero también en la transformación radical de su existencia cotidiana en medio de sus familias. Ellas y ellos fueron testigos de su actividad sanadora, de sus palabras liberadoras, de sus enfrentamientos con los poderes establecidos... La proclamación del Reino no es un camino en solitario, sino que supone incorporarse a un movimiento que se mantiene unido por vínculos estrechos de fraternidad y misión, y que para algunos, además, supuso una comunidad de vida. Para unos y otros el centro de su comunión es Jesús mismo y su Proyecto de Amor. A partir de ese momento, inicia para ellos un itinerario vital, acompañados por Jesús. A lo largo del camino aprenderán a *acoger* y *asentir* a la Palabra, a *consentir* a la provocación del Amor que se da en el exceso, en la entrega completa de la vida, para que la historia sea Mesa

compartida y Casa común. En diálogo con Jesús reorientarán sus deseos, sanarán sus debilidades, se fortalecerá en ellos la llamada a “hacer familia”...

1.1. Estar con el y compartir la tarea del Reino en los caminos

En el evangelio de Marcos, se nos dice que Jesús eligió a los Doce para “estar con él (*met' autou*)” y para compartir también con él la tarea del Reino (predicar y expulsar demonios). Así lo expresa Marcos al narrar la elección de los Doce (Mc 3,14-15), un dato que no tiene paralelo en los otros dos sinópticos.

Al decir, que “están con él”, el evangelista habla del seguimiento, pero incide en un modo de seguimiento que tiene que ver con la comunión de vida y de misión. Esto podría decirse, además de los doce, de otros hombres y mujeres que siguieron a Jesús en los caminos, por ejemplo, las mujeres que están desde lejos en el momento de la crucifixión (María Magdalena, María la madre de Santiago el menor y de José, y Salomé, Mc 15,40), y de quienes se dice que “seguían y servían a Jesús cuando estaba en Galilea”, y que junto a “otras muchas” habían subido con él a Jerusalén (Mc 15,41).⁵ Podría decir-

⁵ Los textos del NT que explícitamente hablan de las mujeres en el grupo de Jesús son: Mc 15,40-41 y los textos paralelos de Mt 27,55-56 y Lc 23,49, así como también Lc 8,2-3. Hay que tener en cuenta, no obstante, que los textos paralelos de Mc 15,40-41 son sin lugar a dudas reelaboraciones de Marcos. En este sentido, no puede suponerse que aporten nuevos y diferentes datos históricos. La lista de Marcos es probablemente la

se que así lo entiende el segundo final de Marcos (Mc 16,9-20), donde nos encontramos con esta afirmación: Ella [María Magdalena] fue a anunciarlo a los que *habían estado con él (met' autoû)*,⁶ que estaban sumidos en la tristeza y en el llanto” (Mc 16,10). En este texto se entiende que se está refiriendo a un número mayor de once discípulos (vv. 12.14).⁷

Así aparece igualmente reflejado en una referencia genérica (sumario) que elabora Lucas sobre la misión de Jesús: “...iba por las ciudades y pueblos, proclamando y anunciado la Buena Nueva del Reino de Dios; le acompañaban (*sun autô*)⁸ los Doce y algunas mujeres...” (Lc 8,1-2).

Por su parte, en el evangelio de Juan, dos de los primeros discípulos, preguntan a Jesús, “¿dónde vives/permaneces (*méneis*)?” (Jn 1,38). La pregunta plantea ya el cambio de vida que supondrá quedarse con el maestro, más aún permanecer con él en su morada habitual, que no es sin más una casa física, sino su estar en el Padre y el Padre en él (“Como tu

más primitiva, y de ella derivarían las demás listas. De ahí que el único texto, en principio, para la reconstrucción histórica de las mujeres seguidoras de Jesús sea Mc 15,40-41. Cf. ROSS S. KRAEMER, *Her Share of the Blessing. Women's Religions Among Pagans, Jews, and Christians in the Greco-Roman World*, Oxford 1992, 131.

⁶ Con la preposición *meta* + genitivo marca el que son amigos de Jesús, que forman parte de su grupo y le acompañan en la misión encomendada por el Padre a Jesús.

⁷ Cf. RUDOLF PESCH, *Il vangelo di Marco*, II, Brescia 1982, 803.

⁸ La expresión *hoi sun tini* indica los compañeros de uno, los partidarios, el séquito.

Padre en mí y yo en ti”; Jn 17,21; cf. “en la casa de mi Padre hay muchas moradas... para que donde esté yo estéis también vosotros...”, Jn 14,2-3.23).⁹ Están llamados/as, por tanto, a permanecer con él en la órbita de amor y comunión que el Padre y Jesús tienen, y eso se aprende “con él”, compartiendo vida y camino, compartiendo comida y bebida, silencios y palabras... (“venid y lo veréis”, Jn 1,39), es decir, atreviéndose a entrar en un proceso que había de transformar su existencia. La idea joánica del permanecer con él es más amplia, por consiguiente, que el compartir las condiciones físicas. Está apuntando a un modo de existir que está en comunión constante con su Palabra, un modo de habitar que alcanza a todo tipo de discípulos y discípulas (mantenerse en la Palabra de Cristo y permanecer con él son expresiones equivalentes; cf. Jn 8,31).

Además, los evangelios ponen de evidencia que la comunidad de vida no es un fin en sí mismo, sino que está estrechamente vinculada con la misión. Nada más ser llamados, los discípulos/as son incorporados a una nueva familia de hermanos y hermanas, cuyo centro es Jesús, y a una misión de curación, enseñanza y anuncio del Reino (cf. Lc 6,17-19.20-23) y del banquete de bodas (cf. Jn 2,1-12), que no estará exenta de dificultades y persecuciones, como ven que sufre Jesús mismo (cf. Mc 3,22-30).

⁹ Cf. JUAN MANUEL MARTÍN-MORENO, *Personajes del cuarto evangelio*, Bilbao 2002, 67-68.

1.2. La casa y la familia: lugar de comunión con Jesús y con su proyecto

No todos los discípulos dejaron sus casas y sus familias por seguir a Jesús. Podría decirse que algunos hombres y mujeres pasaron a formar parte del círculo amplio de seguidores de Jesús, y que con sus familias y allí donde vivían fueron testigos de la Buena Nueva del Reino. Los grupos locales de seguidores de Jesús han adquirido ya mucha relevancia en la comunidad de Marcos. De ahí que el evangelista retomara algunas historias de curaciones y exorcismos y las transformara en narraciones de misión, al adjudicar la tarea a los sanados de proclamar la salvación experimentada.

De ellos no dirá que fueron elegidos para “estar con él” [p.e. el geraseno, quien explícitamente pide “estar con él” (Mc 5,18: *met' autoû*) y Jesús se lo niega]. Sin embargo, de una manera implícita refleja que lo están ya que en sus casas, en sus aldeas, viven siendo testigos de la misericordia de Dios con ellos, es decir, están en comunión con él y dan testimonio de ello. Marcos así lo explicitará introduciendo el verbo *kêrússô* en tres relatos de curaciones (el leproso: Mc 1,45; el geraseno: Mc 5,20; y el tartamudo sordo: Mc 7,36). Todos ellos proclaman la liberación que han recibido de Jesús, y así lo enfatiza Marcos: el leproso lo hace “*con celo*”¹⁰

¹⁰ “Los adverbios *polú* y *pollá*... expresan a su vez una diversificación del sentido de *mucho* hasta llegar a los matices de *celosamente*, *vehementemente*, *apasionadamente*”. Cf. G. NEBE, “*polús*, *pollê*, *polú*”, en DENT II, 1066.

(Mc 1,45); el endemoniado proclama “*todo* lo que Jesús había hecho” (Mc 5,20); y, el tartamudo sordo y su familia superando toda dificultad, porque “*cuanto más* se lo prohibía *más* ellos daban testimonio”¹¹ (Mc 7,3). Marcos, por tanto, hace de ellos verdaderos discípulos, subrayando el hecho de que su seguimiento y la tarea que se les adjudica de proclamar la Buena Nueva no está vinculada la itinerancia sino a la vida cotidiana en sus familias y aldeas.¹²

Los hombres y mujeres que se vincularon a él, sin abandonar su entorno familiar y social, han sido regalados con un conocimiento de Jesús, que les ha llegado a partir de una experiencia de curación o exorcismo (así lo transmite también Mt 8,14-15 de la suegra de Pedro). Esta experiencia de revelación fue tan intensa, tan provocadora, que reconocieron en él al Hijo, y se desveló para ellos/as el rostro del Dios de Misericordia. Y habiendo sido agraciados con este don, sintieron la invitación –que secundaron– a transmitir esa revelación y anunciar a Quien es la Fuente de todo amor, en sus realidades cotidianas.

¹¹ Se trata de una construcción pleonástica.

¹² Así lo he mostrado en mis trabajos sobre las relaciones entre casa, curación y discipulado en Marcos: ELISA ESTÉVEZ, “Memoria e identidad colectiva en los relatos terapéuticos de Marcos”, *EstBib* 64 (2006) 497-516; ID. “Casa, curación y discipulado en Marcos”, en: Carmen Bernabé – Carlos Gil (eds.), *Reimaginando los orígenes cristianos. Relevancia social y eclesial de los estudios sobre orígenes del cristianismo*, Estella 2008, 219-248.

1.3. Comunidad de vida y misión

De este modo, especialmente algunos relatos vocacionales subrayan que comunidad de vida y misión están íntimamente unidas.¹³ Ante estos hombres y mujeres se abre un “horizonte utópico de plenitud humana”.¹⁴ Se les abre un proyecto de futuro que les ha de llenar de sentido su existencia, no tanto por la tarea cuanto porque el centro, el punto de referencia y el fin de ese proyecto de amor es Jesús mismo. Ellas y ellos han sido llamados a compartir con él, y entre ellos, los sentimientos propios de Jesús, su apasionamiento por el Reino, su modo de entregarse y ofrecerse como siervo hasta dar la muerte (Fil 2,5-11). Han sido convocados para ser sus amigos (Jn 15,15), para ser uno con él en el amor: “como tu, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros” (Jn 7,9.21-23).

Así se vislumbra de un modo muy especial en las comidas de Jesús con sus discípulos, en cómo va construyendo la relación con ellos/as —y especialmente con algunos, como Pedro—, pero vuelve a recogerse esta llamada a estar con él en la oración del huerto, allí donde Jesús se enfrenta con la acogi-

¹³ “La razón de ser de esta comunidad es ciertamente gozar bajo el calor de Dios..., pero es también y sobre todo de pensar en la lucha y emprenderla con decisión para que esta fraternidad se vaya extendiendo”. ARTURO PAOLI, *El rostro del hermano*, Salamanca 1979, 127.

¹⁴ XAVIER PIKAZA, “Familia mesiánica y matrimonio en Marcos. Introducción exegética”, *Estudios Trinitarios* 28 (1994) 326.

da definitiva del proyecto de amor del Padre.¹⁵ Los discípulos son invitados a ser testigos de su lucha y de su apertura plena a la voluntad del Padre, son provocados a comulgar con los mismos sentimientos de Jesús, pero ellos no comprenden aún.

Pero además la llamada a estar con él y compartir su Proyecto de Amor para la humanidad, es un proceso en el que Jesús se comprometerá con ellos en la gestación y alumbramiento de una Vida nueva en las circunstancias cotidianas de su existencia. La andadura que inician cuando son convocados a formar parte de la familia de los hijos e hijas de Dios, cuenta con un ACOMPAÑANTE privilegiado: Jesús.

Jesús los ha acogido en su compañía como encargo del Padre: “tú me los has dado” (Jn 17,6). Se ha dispuesto a comprometerse con ellos/as y acompañarlos en esta travesía, desde la total apertura a la misión que el Padre le ha confiado (“Yo te he glorificado en la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar”; Jn 17,4), identificado plenamente con ella. Se ha preparado con una oración prolongada, como cuenta Lucas antes de llamar a los Doce (“por aquellos días se fue al monte a orar, y se pasó la noche en la oración de Dios”; Lc 6,12). Ha subido a la montaña para dialogar con Dios de la misión y sobre quiénes han de compartir con él esa tarea. En sus primeros pasos se ha podido hacer ya consciente de que la mies es mucha y los obreros

¹⁵ En ese momento, Mc 14,33 (cf. Mt 26,37), dice que Jesús tomó consigo (*met' autoû*) a Pedro, a Santiago y a Juan”.

pocos (cf. Mt 9,35-10,1), y de la urgencia de incorporar al Proyecto a otras personas. Ha subido a la montaña para recibir de Dios a quienes a partir de ese momento se incorporaran a su grupo, dialogando en libertad con él.¹⁶ Ellos son para él un don (me los has dado; cf. Jn 17,2.6.9.11.24) y una tarea en la que Jesús mismo se siente Mediador (“que te conozcan a ti”, Jn 17,3; “les he dado tu Palabra”, Jn 17,14...). Así lo reconocen sus discípulos/as (“han reconocido verdaderamente que vengo de ti”, Jn 17,8).

La tarea de acompañamiento la explicita Juan de una manera bella en la oración de Jesús que recoge en el capítulo 17. El Jesús joánico se expresa así ante el Padre: “...*cuida* en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno como nosotros. Cuando yo estaba con ellos, yo *cuidaba* en tu nombre a los que me habías dado. He *velado por* ellos y ninguno se ha perdido, salvo el hijo de la perdición...”, Jn 17,11¹⁷. Se puede percibir en este texto la finalidad del acompañamiento que Jesús ha realizado con sus discípulos, y que ahora pide al Padre que continúe por medio del Espíritu, el Paráclito, que ha de guiarlos y recordarles cuanto Jesús ha dicho: lo esencial es mantener la unión con el Padre, manteniéndose

¹⁶ Su oración es de comunión y libertad: recibe a quienes el Padre le da como don, y elige “a los que él quiso” (cf. Mc 3,13). Cf. ANTONIO BRAVO, *La oración del sacerdote*, Salamanca 2004, 108.

¹⁷ Los verbos que Juan utiliza son sinónimos: “guardar”, “velar por”, “cuidar” (*têrêô*), y “custodiar”, “guardar”, “proteger”, “preservar”, “velar” (*fulássô*). El más frecuente en el NT es el primero de ellos y la mayor parte de testimonios los encontramos en el evangelio de Juan y en el Apocalipsis.

unidos a Jesús por medio de su espíritu (cf. Jn 14,16-17). Así podrán transitar por la vida, sin que el mal les dañe y podrán ser testigos en medio del mundo de unidad, signo elocuente del amor de comunión que es Dios mismo y que alcanza en Cristo y por él a toda la creación.

2. UNA LLAMADA QUE DESPIERTA EN ELLAS Y ELLOS SU AUTÉNTICO SER

Con la llamada, Jesús descubrió y despertó en ellos “su auténtico ser” (Ortega), su puesto en la vida, los dones que hay en ellos para el servicio y la entrega de la vida.¹⁸ Estos hombres y mujeres fueron invitados a hacer un itinerario que había de conducirles a *descubrirse*, siendo cada vez más conscientes de sí y adentrándose por derroteros nuevos de libertad, en la medida que experimentan y se dejan ganar por la ternura sanadora de Jesús en sus vidas (experiencia *autofánica*); pero al mismo tiempo, estas mujeres y estos hombres se van abriendo al descubrimiento de que el Dios de Jesús es la luz que los ilumina y el amor que los habita y los transforma

¹⁸ “En la formación de un hombre contribuye él mismo y otros, de modo más o menos consciente, pero su vocación se construye sobre la base de sus dotes, en el sentido amplio de la palabra: todos los dones que él ha recibido con su vida. Por eso, en la *naturaleza de un hombre* está prevista su llamada, su vocación y profesión: es decir, la actividad, el trabajo hacia el que está orientado desde lo profundo. El camino de la vida hace madurar la vocación de cada uno y la da a comprender a los otros, de tal modo que éstos pueden hablar de la *llamada* a través de la cual, en el mejor de los casos, cada uno puede encontrar su *puesto* en la vida”. EDITH STEIN, *La mujer*, Navarra 1998, 48.

para llegar ser plenamente aquello para lo que han sido llamados desde siempre (experiencia *teofánica*). Les es dado hacer este camino, mirándose y encontrándose en Jesús, icono del amor de Dios, “Hijo de Dios, irradiación, esplendor de su gloria” (Heb 1,3) (experiencia *crisofánica*).¹⁹

Iniciaron una andadura (que en más de un caso les atrajo el desprecio, el oprobio, la expulsión de las familias...) que sólo se explica desde la seducción (“Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir” Jer 20,7), desde el amor apasionado que les comunicó y compartió, desde el impacto que su persona les causó, y que se abre para ellos/as como expresión de comunión plena en el encuentro con el resucitado. No fue un proyecto moral, ni un programa político o de liberación lo que les “hirió” el corazón de tal manera que ya sólo encontraban sosiego en él, en su PERSONA. El encuentro dejó una huella indeleble en ellos/as: sólo él podía colmar sus deseos; era él quien habría de orientar sus tanteos en el seguimiento y había de conducirles, a pesar de los fracasos y las debilidades al encuentro con el resucitado en Galilea.

Se saben elegidos (“No me elegisteis vosotros a mí, sino que fui yo quien os elegí a vosotros”, Jn 15,16). Ha sido Jesús quien salió en su búsqueda y quien los ha conocido desde el vientre de su madre

¹⁹ Así lo explica RAIMON PANIKKAR, *La plenitud del hombre*, Madrid 2004, 52-54, de la llamada que siente Teresa de Jesús y que expresa como “Alma, buscarte has en Mí. Y a mí buscarme has en ti”.

(Sal 138,13) y los ha amado en su debilidad y en su fuerza (1 Jn 4,10.19; 1 Cor 8,1-3; Gal 2,20; Ef 2,4; 5,2; Jn 3,16-17). Han escuchado su voz imperativa: “Ven y sígueme”, que sólo se entiende plenamente si se vincula con una palabra afirmativa primera: “me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gal 2,20), con la convicción de que por él “recibimos la gracia y el apostolado” (Rom 1,5). Todos estos hombres y mujeres han experimentado que Dios les mira con amor y que nacen de su ternura entrañable. En su compartir con ellos y ellas, Jesús se lo ha repetido una y otra vez, se lo ha hecho gustar, y ellos lo han acogido: “los has amado a ellos como me has amado a mí”, Jn 17,23; “Yo les he dado a conocer tu Nombre y se lo seguiré dando a conocer, para que el amor con que tú me has amado esté en ellos y yo en ellos”, Jn 17,26.

La llamada salió al paso a estos hombres y mujeres en distintos momentos de su existencia, en espacios y tiempos “normales”: a Simón y a su hermano Andrés, a los Zebedeos (Mc 1,16-20), a Leví, el publicano (Mc 2,13-14), les llegó *mientras trabajan*; al geraseno (Mc 5,1-20), al ciego de Jericó (Mc 10,46-52; cf. Mt 20,29-34) y a la suegra de Pedro *durante la enfermedad* (Mt 8,14-15); a Natanael *en la búsqueda sincera de Dios, aunque tuviera prejuicios hacia Jesús* en un primer momento (Jn 1,45-51),²⁰ a los dos discípulos del Bautista que salen al

²⁰ Como dice, JUAN MANUEL MARTÍN MORENO, *Personajes del cuarto evangelio*, 72: “Natanael se sintió ‘reconocido’ en la sinceridad de su búsqueda hacia Dios”, ya que Jesús se refiere hacia él como un ‘israelita de verdad’ (Jn 1,47)

camino a buscarle porque *quieren ver dónde habita* (Jn 1,37-39); a Zaqueo que *trata por todos los medios de ver a Jesús, y él “se invita a su casa”* (Lc 19,1-10) ... La *mirada de Jesús*, un elemento esencial de los relatos vocacionales, les reconoce (Mc 1,16.19; 2,14; Mt 8,14; Jn 1,38.47; Lc 19,5), les constituye en el amor, y es capaz de vincularlos a un proyecto de servicio y amor que les engancha de por vida y que les cambia radicalmente la vida. Pero no todos reconocieron la visita de Dios en sus vidas, no todos se dejaron encontrar por la mirada de Jesús. Algunos tuvieron la suerte de que sus amigos le hablaran de él, que le ayudaran a recorrer la distancia para ponerse “a tiro” de Jesús y hacer la experiencia de su amor por sí mismos, como les ocurre a Pedro y a Natanael (Andrés y Felipe les llevan a Jesús: Jn 1,40-42.45-46); otros, como el joven rico están demasiado encadenados a sí mismos y a sus riquezas y la mirada amante de Jesús no hace mella en su ser, no es reconocida ni acogida (Mc 10,17-22). Y Jesús no fuerza su libertad: “Mira, que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo” (Ap 3,20). Algunos, como los nueve leprosos que no volvieron a agradecer el don de la salud, se quedaron en un plano meramente humano. No dieron el salto al encuentro con el Dios salvador, que se les había manifestado en Jesús (Lc 17,11-19). Por el contrario el leproso extranjero que *“se vio curado”* (Lc 17,15) volvió donde Jesús para agradecer con fe a Jesús el don de la salud. En su experiencia de “ver” el evangelista Lucas deja constancia de la fe de quienes

perciben la verdadera identidad de Jesús y le acogen.²¹

3. ACOMPAÑARLES EN EL ALUMBRAMIENTO DE UNA VIDA NUEVA

El itinerario compartido con Jesús va configurando su sensibilidad de modo que se va verificando en ellos un cambio existencial de gran hondura y transcendencia que se ha de notar en sus vidas, en sus maneras de pensar y sentir, en lo que consideran o no valioso, en las maneras de actuar.²² Pablo lo expresará de una manera extraordinaria: “En cuanto a mí, ¡Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por la cual el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo” (Gal 6,14). María, su madre, lo entendió muy bien; por eso, en las bodas de Caná dice a los sirvientes: “Haced lo que él os diga” (Jn 2,5). Es una invitación a adentrarse en las maneras de Jesús, en consentir que lo que piensen, sientan, deseen, amen y hagan, sea lo que él quiere que piensen, sientan, deseen, amen y hagan. Y esa transformación que no se verificó de un día para otro, sino que fue larga en el tiempo, se va haciendo en diálogo con Jesús, abriéndose a su lado a la confrontación de lo que viven y hacen en su nombre. Después del envío a sanar y predicar, Mar-

²¹ La obra lucana comienza y finaliza con citas y alusiones al AT que implícitamente equiparan el ver la salvación de Dios con la respuesta al misterio de Jesús (Lc 2,29-32; Hch 28,26-28). Cf. D. HAMM, “Sight to the Blind: Vision as Metaphor in Luke”, *Bib* 67 (1986) 457-477.

²² Cf. LOLA ARRIETA, *Itinerarios en la formación. Pistas para el camino del seguimiento de Jesús*, Vitoria 2007, 39.

cos nos dirá: “Los apóstoles se reunieron con Jesús y le contaron todo lo que habían hecho y enseñado” (Mc 6,30).²³

Para esa transformación fueron necesarias, diría Teresa de Jesús, “muchas curas” (*Moradas*, II, 5). Con infinita ternura y firmeza, con una paciencia que no se agota, Jesús va guiándolos en ese camino de identificación con él. Saldrá al paso de su *miedo* y de su *angustia* (“¿Por qué estáis con tanto miedo? ¿Cómo no tenéis fe?”, Mc 4,40), el *miedo que les impide reconocerle* (“Se turbaron y decían: Es un fantasma, y de miedo se pusieron a gritar”, Mt 14,26) de su *cansancio* (“viendo que estaban cansados”, Mc 6,48), de su *violencia* y su *deseo de vencer* por encima de todo (“¿Quieres que digamos que baje fuego del cielo y los consuma?”, Lc 9,52)²⁴, de sus *deseos de ser los primeros, de buscar la “gloria”, al estilo del mundo* (“Maestro, queremos que nos concedas lo que vamos a pedirte... Concédenos sentarnos uno a tu derecha y otro a tu izquierda en tu gloria”), de la *violencia que los autodestruye y daña a*

²³ El paralelo mateo suprime esta información (Mt 14,13) y el paralelo lucano la abrevia (“Cuando los apóstoles regresaron, le contaron cuanto habían hecho”, Lc 9,10)

²⁴ “La acción de Santiago y de Juan se deriva de su celo por YHWH, celo que recurre a todos los medios. El plan de Dios, tanto en el ministerio de Jesús como en el de los apóstoles de la Iglesia se realiza, sin embargo, no por la violencia, sino por la debilidad, es decir, por la aceptación del fracaso, del sufrimiento, de la finitud. Pero finalmente esta sumisión se revela como una fuerza, ya que corresponde a la voluntad de Dios. En esta fuerza es en la que Jesús se basa para oponerse al proyecto tentador de sus discípulos”. FRANÇOIS BOVON, *El evangelio según San Lucas II (Lc 9,51-14,35)*, Salamanca 2002, 45.

otros (Mc 5,1-20), de su *egoísmo* que les hace olvidarse del sufrimiento ajeno (“podríamos —dice Pedro— hacer tres tiendas...”, Mt 17,4). Jesús saldrá al paso también de *la falta de conocimiento que tienen de quién es él* (“¿Quién es éste que hasta los vientos y el mar le obedecen?”, Mc 4, 41; “llevo tanto tiempo con vosotros, ¿y aún no me conoces Felipe?”, Jn 14,9).²⁵ Toda situación de vida es OPORTUNIDAD de GRACIA, ocasión oportuna para descubrir en ella y a través de ella la Vida que late en ella y que busca abrirse paso en medio de la ambigüedad, del miedo, del cansancio, de la incompreensión, del egoísmo...

Jesús no se escandaliza ni les echa en cara su debilidad, tampoco su pecado, sino que los acompaña con amor firme, solícito y paciente; se ofrece él mismo como descanso a lo que la vida genera en ellos (“venid también vosotros aparte a un lugar solitario, para descansar un poco”, Mc 6,31), les pone ante su verdad, les confronta con cariño (“¿cómo es que no tenéis fe?”, Mc 4,40) y, sobre todo, escucha su deseo de poder, para transformarlo en entrega con la fuerza de su amor.

Les ayuda a pasar de una motivación más primaria a otra que es la que realmente mueve su opción de vida junto a Jesús: beber el cáliz que Jesús

²⁵ “No conocían todavía a fondo el rostro que les sedujo desde el inicio. Comparten la barca y el camino, pero carecen de fe plena. Su falta de conocimiento les hacía ignorar el poder soberano sobre los elementos del mundo”. Cf. ANTONIO BRAVO, *La oración del sacerdote*, Salamanca 2004, 71.

mismo beberá (los Zebedeos);²⁶ les confirma en que él está siempre con ellos: “soy yo, no temáis” (Mt 14,27), y con esa confirmación, se moviliza el deseo de comunión con él y se ponen en movimiento, desplegando lo mejor de sí mismos, el amor que sienten hacia Jesús. Así lo hizo con Pedro: “Señor, si eres tú, mándame ir donde ti... Ven... bajó Pedro y se puso a caminar...” (Mt 14,28-29).

Cuando llevados por su celo por Dios, los Zebedeos reaccionan con violencia ante los samaritanos que no acogen a Jesús, éste los “reprende” (Lc 9,55) porque Jesús que se encamina con determinación hacia Jerusalén (“afianzar su rostro”,²⁷ es decir, “se afirmó en su voluntad”, Lc 9,51), les comunica, de manera enérgica y con autoridad, algo esencial en el camino del Reino: llega a través de la no violencia, de la aceptación del fracaso y la debilidad, del sufrimiento y de la finitud. No ha de centrar su interés ni la venganza ni el desánimo ante el rechazo y las dificultades, sino cumplir el designio del Padre:

²⁶ Cf. XAVIER PIKAZA, *Pan, casa, palabra. La Iglesia en Marcos*, Salamanca 1998, 303.

²⁷ Se trata de una expresión solemne, que aparece también en el AT con el sentido de “tener la intención de”. La expresión “afianzar su rostro” sugiere además que Jesús acogerá su destino con todo lo que conlleva también de sufrimiento y de injusticia: “... no me resistí, ni me hice atrás. Ofrecí mis espaldas a los que me golpeaban, mis mejillas a los que mesaban mi barba. Mi rostro no hurté a los insultos y salvazos” (Is 50,6-7). La decisión de Jesús de ir a Jerusalén se enfatiza además porque el texto griego tiene un “él” enfático, y porque además, aparece tres veces la expresión “rostro” en los vv. 51-53. Cf. FRANÇOIS BOVON, *El evangelio según San Lucas II*, Salamanca 2002, 43-44.

que la tierra sea una nueva creación, y para ello, aprender a entregar la vida es un itinerario imprescindible.²⁸ Jesús responsablemente pone en evidencia que la conducta de los Zebedeos distorsiona el proyecto del Reino, y ellos tienen aquí una ocasión de tomar mayor consciencia de lo que supone este proyecto y de la responsabilidad que tienen en llevarlo adelante, al estilo de Jesús. El diálogo con ellos es una mediación para ayudarles a estar más atentos y obedientes a las insinuaciones de Dios en la vida, siguiendo al Hijo entregado.

Conversará también con ellos de los temas fundamentales, como por ejemplo, la relación con las riquezas (Mc 10,23-28), y de la amenaza que supone apegar el corazón a ellas, porque encierra en un egoísmo que destruye a la persona y a la comunidad humana. Después de haber mirado con amor transformante al joven rico que, sin embargo, se va entristecido, enfadado y dividido, Jesús mirando en torno suyo, encuentra y se dirige a sus discípulos (cf. Mc 10,23). Es él quien en esta ocasión toma la iniciativa sobre el tema a dialogar y lo hace a partir de la situación de vida de la que todos han sido testigos: la invitación al joven rico y su rechazo. Jesús comparte entonces con ellos algo esencial para el Reino: estar atados a las posesiones impide la libertad para el Reino, aleja del Proyecto de la Mesa compartida. Y ellos reaccionan con creciente asombro cuando Jesús sigue profundizando en esto (“se asombraron”, v. 24a; “se asombraron más todavía”, v. 26). En

²⁸ Cf. FRANÇOIS BOVON, *El evangelio según San Lucas II*, 45-47.

realidad, se espantan, se extrañan, quedan totalmente desconcertados, porque se sienten incapaces de dejar atrás las posesiones, sean las que sean. Tan dentro sienten esa atracción, tan convencidos están que es esta una “marca” que todo ser humano lleva.

Jesús entonces vuelve a mirarles. Ahora fijamente (Mc 10,26). Y les invita a vivirse desprendidos de las riquezas, pero no sostenidos en sí mismos, sino en Dios, para quien todo es posible (Mc 10,26). A su pregunta angustiante porque les encerraba en su impotencia y en su fracaso, Jesús les devuelve una palabra de vida, que les reorienta en el camino del Reino, que les resitúa de una manera completamente nueva: caminar apoyados solo en Dios que es más fuerte que la impotencia y el pecado. La devolución es clarificadora, liberadora y reorientadora.

A veces simplemente la actitud y el comportamiento de Jesús serán suficientes para confrontar a sus discípulos. Cuando la mujer con flujo de sangre se acerca y toca a Jesús por detrás, los discípulos riñen a Jesús que pregunta quien le ha tocado (“Estás viendo que toda la gente te oprime y preguntas: ¿quién me ha tocado?”, Mc 5,31). Jesús, consciente de que no se han enterado, que su mirada ante el acontecimiento es completamente superficial, no dice nada. Simplemente sigue buscando hasta descubrir a la mujer y abrirla un espacio para que ella se diga a sí misma y él pueda reconocerle en su gesto creyente: “Hija, tu fe te ha salvado: vete en paz y queda curada de tu enfermedad”, Mc 5,34.

En su tarea de acompañamiento, Jesús irá introduciendo al grupo de sus discípulos en la brega por el Reino. Les va implicando en el servicio. En la primera multiplicación de los panes les dice: “dadles vosotros de comer” (Mc 6,37; Mt 14,16). Jesús responde a la necesidad de la gente como “buen pastor” (“al desembarcar, vio mucha gente, sintió que se le conmovían las entrañas, pues estaban como ovejas que no tienen pastor, y se puso a enseñarles muchas cosas”)²⁹, y les ofrece palabra y mesa compartida. Pero no quiere hacerlo solo, sino con sus discípulos, aquellos y aquellas que hacen camino con él. Es una buena ocasión para adentrarlos en su manera de hacer y comprender las cosas.

Los discípulos quieren despedir a la gente hambrienta porque ya es tarde (Mc 6,35-36). Seguramente piensan que ya es hora después de largas jornadas de misión (cf. Mc 6,6b-13.30). Sin embargo, Jesús, les dice: “dadles vosotros de comer” (Mc 6,37), y les pregunta: “¿Cuántos panes tenéis?” (Mc 6,38), es decir, ofreced y compartid gratuitamente lo que tenéis.³⁰ El hecho de vida es ocasión de gracia

²⁹ La imagen del buen pastor es una imagen mesiánica (Num 27,17; Jer 23,4; Ez 34,23; Sal 23).

³⁰ “El sentido y coste de este gesto, que nos hace pasar de los doscientos denarios de la compra al signo de los panes y peces compartidos, se ilumina desde la mujer del vaso de alabastro (14,3-9) que unge a Jesús con un perfume caro. Los que aquí piden doscientos denarios aludirán allí a trescientos que podrían servir para alimentar a los pobres. Jesús defiendo a la mujer, diciendo que ella lo ha hecho bien, le ha ungido para

para ellos que comprenden que el Reino es mesa compartida, es banquete en el que todos quedan saciados y, además, sobra; es entrega gratuita. Pero, sobre todo, es una oportunidad más que la vida, y Jesús en ella, les brinda para crecer concreta y tangiblemente en libertad y responsabilidad, para “encargarse” (respuesta práctica) y “cargar” (firme disposición a “sanar” la realidad) con la realidad porque, aunque los textos no lo expliciten, se “han hecho cargo de ella”, es decir, la han comprendido y tienen una valoración de la misma.³¹

En esta primera multiplicación de los panes se nos dice que Jesús actuó porque, como el Dios misericordioso del Antiguo Testamento (Ex 34,6-7; Jon 3,3), siente que sus entrañas se conmueven, pero no se dice nada de que lo comunicara a sus discípulos. Sin embargo, en la segunda multiplicación de los panes se explicita además de la motivación de Jesús, el hecho de que la comunicó a sus discípulos (“Por aquellos días, habiendo de nuevo mucha gente y no teniendo que comer, llama Jesús a sus discípulos y les dice: Siento compasión de esta gente, porque hace ya tres días que permanecen conmigo y no tienen qué comer”, Mc 8,1-2; Mt 15,32). Inmediatamente después, repartirán de nuevo ellos los panes

entregar su propio cuerpo (vida) por los demás. Este es el principio de toda eucaristía: entregar lo que uno es, dar lo que tiene (panes y peces o perfume), para compartirlo con los otros”. XAVIER PIKAZA, *Pan, casa, palabra*, 165, nota 23.

³¹ Cf. JON SOBRINO, *Fuera de los pobres no hay salvación*, Madrid 2007, 18-19, donde retoma el pensamiento de Ellacuría al respecto.

y los peces, es decir, asumirán la tarea de ser servidores de la humanidad necesitada.

Desde que los había llamado, habían descubierto distintos rasgos de su identidad: su actitud orante (Mc 1,35), su entrega incondicional a las personas, su capacidad para enseñar con autoridad (Mc 1,22). Ahora los adentra en el mundo de sus sentimientos, de sus afectos. Comparten con ellos la fuente de interna que le alimenta y se comunica en signos de liberación y salvación. Son testigos, porque él así lo ha querido, de la ternura compasiva que lo embarga, imagen y reflejo de las “entrañas de misericordia del Padre” (Lc 1,78). Los vincula así a su misión de misericordia y de servicio.

Jesús comparte con ellos cómo se deja afectar en lo más profundo de su ser por el dolor y el sufrimiento de personas y colectivos. Ante la muchedumbre hambrienta y excluida de los destinos de la sociedad, ante los ciegos del camino, ante la viuda sola e indefensa, ante el leproso marginado y condenado por la ley judía, ante la mujer extranjera que le pide ayuda, Jesús experimenta que sus entrañas se le conmueven.³² Comparte con sus discípulos que le duele el pueblo, le duele la tierra, le duele la historia, porque los pobres, los marginados y excluidos, sus hermanos y hermanas, están despojados y abatidos, están oprimidos e injustamente tratados. En este hecho de vida, como en otros, los discípulos aprenden que este profundo sentimiento le lleva a reac-

³² Cf. Mt 9,36; 14,14; 15,32; 20,34; Mc 1,41; 6,34; 8,2; 9,22; Lc 7,13.

cionar ante la vulnerabilidad ajena y a hacerse solidario con el dolor humano, ofreciendo respuestas compasivas que devuelven la dignidad, la integridad, la fortaleza, la vida, la alegría y la esperanza, más allá de la ley; respuestas, que restauran igualmente las relaciones socioculturales. A partir de este hecho de vida, les comunica que la misericordia es experiencia fundante de una *nueva creación*, y que desde ella, las claves de comprensión de la existencia humana se recrean, porque los débiles se fortalecen, los ignorantes se hacen sabios, los oprimidos son liberados, a las mujeres se les restituye su dignidad y los muertos recobran la vida. Pero la paradoja es aún más desconcertante si ellos/as, los/as que no cuentan para nada, pasan a ocupar un lugar preferencial en la mesa del Reino. Ellos y ellas, son invitados a adentrarse en un movimiento de amor y misericordia que se ofrece gratuitamente a todos y todas.

Pero, además, las multiplicaciones de los panes son una invitación a construir el reino desde abajo, desde los últimos, desde los que más lo necesitan. Es decir, los discípulos son invitados a vivir un “éxodo de sí sin retorno”, “repartiéndose” entre la multitud necesitada y siendo solidarios especialmente de los más débiles y empobrecidos, como Jesús mismo”.³³

Jesús celebra igualmente con ellos su crecimiento en el amor y en la entrega por el Reino, los recibe en la alegría que traen al haber respondido a

³³ BRUNO FORTE, *La esencia del cristianismo*, Salamanca 2002, 102.

la tarea encomendada, y haberlo hecho a pesar de las dificultades y en comunión (“de dos en dos”). Jesús los ha enviado a predicar y sanar por las ciudades (Lc 10,1-16) y cuando vuelven alegres los acoge, pero además ahonda en su alegría y les ayuda a clarificar el motivo de su gozo, aplicando discernimiento: “...alegraos de que vuestros nombres estén escritos en los cielos” (Lc 10,17-20). La devolución que les hace en ese momento, les ayuda a ser conscientes de que no es el éxito lo que ha de embriagarles, sino que Dios es quien con su amor eterno, asegura y hace crecer la vida hasta la eternidad. Y este convencimiento es fuente de gozo y de una esperanza sin límites.³⁴

El amor de Jesús es transparencia del amor de Dios mismo: “Muchas veces los libró aunque ellos, en su propósito obstinados, se hundían en su culpa; y los miró cuando estaban en apuros, escuchando su clamor. Se acordó en favor de ellos de su alianza, se enterneció según su inmenso amor; hizo que de ellos se apiadaran aquellos que cautivos los tenían” (Sal 105,43-46). Y hacia Dios remitirá a sus discípulos, ayudándoles a confrontarse siempre con Dios, origen y meta de su ser.

Esa presencia amorosa les guió en los caminos y les siguió alentando cuando después de la muerte de Jesús se sintieron fracasados y decepcionados, cuando volvieron a sus quehaceres cotidianos y el trabajo parecía su único horizonte vital. Jesús les salió al encuentro, pero no le reconocieron (Jn

³⁴ FRANÇOIS BOVON, *El evangelio según San Lucas II*, 81.88.

21,1ss). Le creían ausente y, sin embargo, allí estaba, tan cercano como siempre, en medio de la brega diaria por el pan, en sus incertidumbres y dudas..., pero sus ojos estaban cerrados porque vivían pendientes de sus cosas, centrados en sus cosas, habían abandonado el proyecto de Jesús y allí estaban viviendo como siempre.

Pero Jesús se hace el encontradizo con ellos, les pide de comer (como pidió agua a la samaritana). Inicia el diálogo que les ha de llevar a reconocerle, llamándoles cariñosamente “muchachos” (*paidía*) con un gesto de solicitud: “¿tenéis pescado?” (Jn 21,5). Pero, ellos no habían pescado nada esa noche (Jn 21,3). Él les invita a echar la red de nuevo y ellos *sorprendentemente* consienten (como hicieron ya en otro momento, Lc 5,5). Todavía no saben quién es, pero entrevieron una presencia presentida, un rostro que vislumbraron en medio de la oscuridad, una presencia cercana que les provocaba a lo que a ellos les parecía imposible, pero a la cual ellos se sentían inclinados a consentir. Y es en esta confianza despertada y alentada desde el gesto y la palabra de Jesús, en ese despertar del amor que se aviva con la presencia del amado aún en medio de la noche, cuando el discípulo amado le reconoce: “Es el Señor”. Habiendo atravesado la muerte y habiendo extendido sus brazos en la cruz para acoger a todos/a en su abrazo de amor, el Resucitado aviva el amor. El grito, “es el Señor”, es expresado por los discípulos de Emaús con una imagen que habla igualmente de una experiencia de reconocimiento que se abre paso en el amor otorgado y acogido: “¿No ardía

nuestro corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?” (Lc 24,32).

Pero, además, sus amigos y amigas pasarán de estar afectados a ser protagonistas “afectadores”, empeñados en suscitar en otros los sentimientos que en ellos/as habían sido suscitados por Jesús. La experiencia de haber sido amados les lleva a los caminos a repetir sus gestos de proximidad y misericordia, sus palabras de perdón... (Lc 10,1-16), a anunciar que vive (Lc 24,33-35; Jn 20,11-18). El acompañamiento de Jesús está encaminado a que crezcan en su camino de discipulado y acojan con responsabilidad y libertad la invitación de Dios a participar de su proyecto de salvación, siendo instrumentos de su Amor en medio del mundo, siendo testigos con las obras y las palabras de su Ternura y su Misericordia. Ellos y ellas harán un camino en el que desde su humanidad herida (endemoniados, enfermos, pecadores, ladrones...) descubrirán la grandeza de su ser como imagen y semejanza de Dios que los ha bendecido habitando en ellos y llamándolos a estar con él y con todos sus hermanos y hermanas en él. Al lado de Jesús que los acompañará en cada circunstancia que vivan, aprenderán a espabilar el oído, a agudizar la mirada, a barruntar los signos de Dios en medio de sus vidas y de las de quienes van a su lado, y a re-orientarse concretando sus compromiso (dar de comer a la multitud, predicar, sanar...) en libertad y con firme decisión.

4. EL ITINERARIO PERSONAL DE PEDRO: JESÚS LE DESVELA SU PROPIO MISTERIO Y AL HACERLO LE VA DESENTRAÑANDO SU PROPIO MISTERIO

Los caminos de Galilea han sido el espacio donde Jesús se había desvelado progresivamente a sus discípulos, les había manifestado su misión y su destino. Los discípulos/as habían comenzado a ver, pero no acababan de entenderle y quizá tampoco querían comprenderle demasiado.

Sin embargo, en la comunidad de existencia con Jesús, los discípulos/as se reconocen a sí mismos, recobran la capacidad para amarse a sí mismos/as y para amar al tú diferente, reconocen y sienten la necesidad de volverse al Dios de la Vida y amarle con todo su ser.

Quizá uno de los ejemplos más claros y más desarrollado lo hallamos en el itinerario personal de Pedro. Pedro es de los primeros llamados. Inicia la andadura del seguimiento en los primeros momentos y va descubriendo gozoso al Jesús sanador que restaura, que rehace a las personas, al Jesús que da de comer a las multitudes hambrientas, al que tiene palabras de vida, al que enfrenta a quienes oprimen con su poder al pueblo, y sobre todo, al Hijo que se relaciona con Dios como *Abba*.

Después de la primera multiplicación de los panes, los evangelios nos narran una escena en la que Jesús sale al encuentro de los discípulos que están en la barca. Ante las dudas que les surgen,

fruto una vez más del miedo, Jesús se les dará a conocer, pero Pedro -que pone “voz” a la incompreensión de todos ellos- se dirige a él mostrando su incompreensión, su falta de conocimiento de quién es aquel con el que ha compartido el camino, la palabra, la sanación... más de una vez. Y le dice: “Señor, si eres tú, mándame ir donde ti sobre las aguas” (Mt 14,28). En realidad, su súplica parece más un desafío, pero Jesús le deja recorrer el camino de su pretenciosa ignorancia y le invita a hacerlo viniendo hasta él: “¡Ven!, le dijo” (Mt 14,29). Pedro, lo hace, pero olvida su deseo de encuentro con él, y se deja vencer por la dificultad de la travesía a la que ha sido invitado, una travesía que sólo podía hacer confiado plenamente en Jesús. Y por eso, siente que se hunde y necesita gritar de nuevo a Jesús: “¡Señor, sálvame!” (Mt 14,30). Ésta vez, su súplica nace desde el fondo de su debilidad que, sin embargo, ahora se abre a quien sólo puede salvarle. Su debilidad trascendida de la mano de Jesús es la “puerta de entrada” para que sus compañeros en la barca -y con ellos toda la Iglesia- confiesen con él a Jesús como Hijo de Dios.³⁵ Pero ese aprendizaje, el de la entrega confiada de todo su ser, también de su debilidad, será un largo camino en la historia personal de Pedro, y tendrá sus “idas y venidas”.

En medio de una crisis entre los discípulos, nos cuenta Juan que Pedro toma la voz a favor de Jesús. Cuando a raíz de la multiplicación de los panes (Jn 6,1-15), la gente quiere hacerle rey, Jesús

³⁵ Cf. ANTONIO BRAVO, *La oración del sacerdote*, Sígueme, Salamanca 2004, 71.

huyó al monte él solo (Jn 6,15). Sus discípulos no le acompañan, ni siquiera le esperan, sino que se alejan por el mar; será Jesús quien les sale al encuentro, calmando además su miedo (Jn 6,16-21). La crisis se agrava cuando en Cafarnaúm, Jesús proclama que él es el pan de vida. Termina Juan su narración diciendo que “desde entonces muchos de sus discípulos se volvieron atrás y ya no andaban con él”. Jesús se dirige a los Doce entonces, y les pregunta si también ellos quieren irse. Nuevamente Pedro habla en lugar de todos y le contesta: “¿dónde quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna y nosotros creemos que tú eres el Santo de Dios” (Jn 6,68-69). Sus palabras refuerzan la fidelidad del resto del grupo a Jesús que si bien no entienden a Jesús, deciden permanecer a su lado.³⁶

En Cesarea los Sinópticos nos narran un encuentro singular entre Jesús y Pedro: (Mt 16,13-20 y par.). El contexto del encuentro nos permite descubrir a un Jesús, que con maestría acompaña a sus discípulos en el descubrimiento de su persona. De manera pedagógica les va adentrando en ese proceso: primero fue preguntando (el verbo va en imperfecto: preguntaba, Mc 8,27) cómo le reconocía la gente, para pasar a continuación a preguntar (también en imperfecto; Mc 8,29), quién pensaban ellos que era él, y terminar diciéndoles con total claridad (nuevamente un imperfecto) que había de morir y resucitar (Mc 8,32). Jesús no les ha dicho de una vez quién era; se lo va mostrando poco a poco, en el

³⁶ JUAN MANUEL MARTÍN-MORENO, *Personajes del cuarto evangelio*, 207-208.

camino que van haciendo juntos, y con una dirección siempre clara: Jerusalén, el lugar de la entrega por el Reino.³⁷ Bien sabe Jesús que necesitan hacer un proceso, que su fe ha de fortalecerse y que no hubieran podido comprenderle desde el primer momento.

En Cesarea, Pedro contesta, tomando la palabra por todos. Allí Pedro le confiesa como “el Cristo, el Hijo de Dios vivo” (Mt 16,16). En esas palabras resonaba el misterio más hondo de Jesús, y se le había regalado a Pedro el aproximarse a él (“te lo ha revelado mi Padre”, Mt 16,17). Jesús le felicita por ello (“bienaventurado”, v.17). Es entonces cuando Jesús le cambia el nombre, es decir, le hace calar en su identidad más profunda, ahondar en su misterio personal y encontrarse con la llamada que le configura y le abre a la esperanza: “Tu eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia” (Mt 16,18). El resto de los discípulos, al escuchar esa confesión de Pedro toman fuerzas y se fortalece en ellos la motivación de seguir a Jesús hacia Jerusalén.

Pero Pedro, según nos cuentan los sinópticos, no tardará en encontrarse con su debilidad y su necedad, con su incomprensión y sus deseos no configurados y rehabilitados por ese Jesús al que ha con-

³⁷ “La dilatada naturaleza de este proceso pedagógico queda acentuada por el frecuentísimo empleo de verbos de locución en imperfecto (*epêrôta* = «preguntaba» en 8,27 y 8,29; *elalei* = «decía» en 8,32), por el sintagma «comenzaba a enseñarles» en 8,31 y por la idea subyacente de que la revelación se va mostrando gradualmente a la vez que Jesús y sus discípulos pasan por los poblados (en plural) de la zona de Cesarea de Filipo”. JOEL MARCUS, *Marcos (Mc 8-16)*, Salamanca 2011, 698-699.

fesado como el Mesías, el Hijo amado que se derrama en ternura y sirve desde los últimos lugares. Pedro, como sus compañeros, ha creído que Jesús era un Mesías triunfante, que les había de llevar por los caminos del éxito y del poder... Por eso, cuando le oye hablar por primera vez de la travesía de la cruz (Mt 16,21-23), Pedro no duda en desanimar a Jesús de ese camino: “Lejos de ti, Señor! De ningún modo te sucederá eso! (Mt 16,22).

La respuesta de Jesús es dura, le enfrenta directamente: “¡Quítate de mi vista, Satanás! ¡Escándalo eres para mí, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres!” (Mt 16,23). Pero, Jesús sabe que Pedro necesita de su ayuda para superar el escándalo de la cruz, que ha de acompañarle en sus idas y venidas, amarle en los tanteos de amor que va a ir haciendo, en el lento dar a luz de su ser de discípulo. Por eso, se lo lleva al monte, con Santiago y Juan, y se transfigura ante ellos (Mt 17,1-8). Al ver su rostro resplandeciente, Pedro tiene la tentación de nuevo de olvidar al Jesús que ha venido a entregar la vida por todos, empezando por los más doloridos, los más maltratados, los más excluidos. Pero Jesús inicia el descenso, les recuerda que han de bajar, que en la llanura les esperan los enfermos, los pobres... (cf. Mt 17,14-21) y que su misión llega hasta entregar la vida completamente (segundo anuncio de la Pasión, Mt 17,22-23).

La negativa de Pedro a entrar en el misterio de entrega que es Jesús mismo, nos lo deja ver el evangelista Juan en el relato del lavatorio de los pies

(Jn 13,1-20). Cuando despojándose de su manto, Jesús se dispone a lavar los pies de los discípulos, Pedro se niega. Casi diría que se escandaliza: “Señor, ¿lavarme tú a mí los pies?” (v.6). Sigue sin entrarle en la cabeza, y mucho menos en el corazón, que el Señor realice un gesto de esclavo. Jesús dialoga con él, y le reconoce que aún no puede entender lo que él hace. Aún no ha llegado el momento de que el Espíritu le ayude a comprender, pero le invita a confiar en su palabra: “lo entenderás más tarde” (v.7). Sin embargo, Pedro no escucha, y de manera presuntuosa, le contesta que no le lavará los pies jamás (v. 8). Jesús entonces, con una palabra firme, le ofrece entonces la clave definitiva para comprender: “si no te lavo, no tendrás parte conmigo” (v.8), es decir, comparte con él el hondo significado de su gesto profético: dejándose lavar los pies, comulgará con él en el misterio de su Pascua y se dispondrá a recibir y acoger la salvación que le llega del Crucificado-Resucitado. Jesús invita a Pedro a consentir en ser vinculado a la entrega de la vida de Jesús, pero Pedro sigue sin entender.³⁸

Más aún, Pedro y los otros discípulos se resisten a compartir el destino de Jesús. Para ellos es un escándalo, una locura, una necesidad. Pedro le confiesa como Cristo, pero se niega a acoger la manera concreta de llevar adelante su misión. En realidad, él y los otros discípulos siguen viviendo desde sí mismos, apoyados en sus propias fuerzas y la travesía de la cruz solo se hace apoyados en la fuerza de

³⁸ Cf. JUAN MANUEL MARTÍN-MORENO, *Personajes del cuarto evangelio*, 208-212.

Dios, viviendo en sus manos, consintiendo que él disponga de la vida. Su fe es aún una fe inicial, una fe en camino, que sólo alcanzará su madurez a la luz de la Pascua.³⁹

No es la única vez que Pedro no entiende a Jesús, ni llega a comprender la propuesta de vida que supone. Cuando Jesús le introduce junto a los otros discípulos en el significado hondo de su camino, y va revelándoles que su misión es entregar la vida como siervo por amor, ellos se resienten. Cuando en ese contexto de revelación les habla de vivir no encadenados a las riquezas, Pedro toma la palabra en nombre de todos y se queja ante el Señor: “Ya lo ves, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido; ¿qué recibiremos, pues?” (Mt 19,27). A Pedro le puede el miedo y la ansiedad. En realidad, le está diciendo a Jesús que ellos se están esforzando en seguirle, pero quiere saber qué recompensa tendrán. Aún le cuesta entender la gratuidad y la confianza como modo de vida. Jesús no se lo reprocha. Le explica, en cambio, que “tendrán el ciento por uno y heredarán vida eterna” (Mt 19,29). Su respuesta invita a Pedro a resituarse de nuevo en la vida con una confianza renovada, con una esperanza, que no tiene su fundamento en lo que tenga o consiga por méritos propios, sino en lo que Dios va haciendo. Pedro no responde. Es probable que todavía no entendiera mucho lo que Jesús le decía, pero Pedro

³⁹ Cf. BENEDICTO XVI, *Los apóstoles y los primeros discípulos de Cristo*, Madrid 2009, 63.

quería a Jesús y confiaba en él, y en su palabra se apoyaba para seguir caminando.⁴⁰

Jesús no se cansa de salir al encuentro de Pedro y de los otros discípulos, aunque sabe que le dejarán solo, que le abandonarán, que no velarán con él en el momento de mayor angustia, en el momento en el que habrá de decir su “sí” definitivo.

Todavía Pedro le negará una vez más. Esta vez cuando ya han apresado a Jesús y no lo hará delante de los grandes jefes, sino simplemente delante de unos criados. En realidad, poco antes le había dicho que “aunque tenga que morir contigo, yo no te negaré” (Mc 14,29). Incluso se ha atrevido a protestar porque se cree capaz de seguir a Jesús en el camino de la entrega, de ir con él (“¿Por qué no puedo seguirte ahora? Yo daré mi vida por ti”, Jn 13,37), y asumir la cárcel e incluso la muerte (cf. Lc 22,33). En realidad, Pedro se ha creído mejor que los demás, se creía seguro de sí mismo y piensa que los demás, en cambio son débiles. Toma distancia de ellos, pero, en realidad, esta afirmación nos dejará descubrir su herida más profunda (Mt 26,35 añade que los demás discípulos dijeron que también ellos harían lo mismo).

⁴⁰ “Siempre imagino que la respuesta de Jesús no lo dejó tranquilo; más aún, ni se enteró de lo que le dijo. Lo único que pudo escuchar, -y quizá es lo que necesitaba oír- era: “*tranquilo, hombre tranquilo, que es posible, aunque tú no lo entiendas del todo ahora*”. De hecho no siguió preguntando, y Pedro no se callaba así como así, pero tenía *confianza* en Jesús”. LOLA ARRIETA, “*Sus heridas nos han curado*” Is 53,5. *Conflictiva afectivo-sexual en la opción de amor célibe*, Vitoria 2001, 62.

Sin embargo, Jesús (Mc 14,30) pone a Pedro en su lugar: “Yo te aseguro: hoy, esta misma noche, antes de que el gallo cante dos veces, tú me habrás negado tres”. Bien conoce Jesús la debilidad de Pedro, la conoce mejor que él mismo, pero Jesús, el Maestro, no deja de contar con Pedro por ello. Lo acompañará hasta el último momento en el riesgo de aprender a caminar en libertad.

En la narración de este mismo episodio en Lucas se profundiza en el modo de acompañar Jesús esta situación (Lc 22,31-34): en el diálogo que tiene con sus discípulos en la Última Cena, Jesús se centra en las dificultades que tendrán para mantenerse fieles cuando a él lo apresen y condenen. Ellos también “serán zarandeados como se zarandea una criba” (Am 9,9), pero él ha orado por Pedro (se centra en él) para que no se pierda, es decir, para que su fe no decaiga, para que sea capaz de levantarse cuando caiga (como sucederá bien pronto).

El hecho de haberse centrado en la figura de Pedro indica que Jesús es consciente que será este discípulo el que caiga más bajo (le negará tres veces). Pero, Jesús, como buen acompañante, ha orado por él. Y la manera de expresarlo está indicando que la oración de Jesús ha sido eficaz. Jesús pide para que su fe se fortalezca después de negarle porque ha de confirmar luego a sus *hermanos*⁴¹, los creyentes

⁴¹ Como afirma JOSEPH A. FITZMYER, *El evangelio según Lucas*, IV, Madrid 2005, 369, el uso del término *adelphoi*, hermanos, en este pasaje habría que interpretarlo a la luz del uso

con quienes compartirá el itinerario de la fe (como se ve a lo largo del libro de los Hechos). Jesús incidirá con Pedro en algo que viene repitiéndole desde hace ya tiempo: su apoyo no está en él mismo, sino en Dios. Él es fragilidad habitada, y es el amor entrañable de Dios quien le fortalece y le devuelve como gracia para sus hermanos/as.

Ante las negaciones, Jesús comprende su fragilidad, acepta que le negará, pero su palabra (“me negarás”) será el recuerdo que le hará volver, desandar el camino (“Y Pedro recordó lo que le había dicho Jesús... y rompió a llorar”, Mc 14,72), el recuerdo de una palabra dicha con verdad y con amor, como provocación para volver la mirada a quien le ama y le sostiene con inmensa ternura. Al recuerdo, Lucas añadirá el encuentro con la mirada de Jesús que “se volvió y miró a Pedro” (Lc 22,61). La mirada de Jesús que le devuelve a su verdad: ha sido cribado en la prueba, y en la criba Pedro se ha topado de frente con su debilidad. Pero Jesús no le mira para reprocharle nada, sino para recordarle que sólo apoyado en él puede crecer en la fe y confirmar a otros en el camino. Jesús le mira para invitarle a volver, es decir, para levantarse con la fuerza de su amor, la que le comunica con su mirada; le recuerda que ha orado por él y que por ello es capacitado para cumplir la misión que le ha encargado, apoyar a sus

de este vocablo en la obra lucana, y en concreto, el libro de los Hechos que se lo aplica a los creyentes en general. Además, apunta este autor, en el evangelio, los apóstoles no aparecen ni presa de escándalo ni como ovejas descarriadas, al contrario que en el evangelio de Marcos.

hermanos/as. Y es que el camino del discipulado no se puede hacer desde “fuera”, siendo “extraños” a uno/a mismo/a, sino conociendo la propia verdad. El amor de Dios que desvela la hondura de nuestro ser es condición de posibilidad para abrirse al seguimiento. Y Pedro lo va aprendiendo poco a poco, en una relación con el Señor que alumbra para él un nuevo ser.

Juan nos lo narrará de una manera diferente, pero con una carga de profundidad inmensa. Jesús sale al encuentro de los discípulos en el lago, y abre un diálogo con Pedro abriendo para él la posibilidad de una fidelidad renovada en la fuerza de Dios.

Pedro ama a Jesús con todas sus fuerzas. En cuanto oyó que era el Señor (Jn 21,7) saltó de la barca y fue donde Jesús. Tenía prisa por encontrarse con Jesús, por hablar con él, por disfrutar de su compañía, por mirarle a los ojos y escuchar su palabra. Alrededor de la mesa, en un gesto que recuerda su misión y su destino, partir y repartir el pan, los discípulos “se reconcilian” con Jesús, y son invitados de nuevo al seguimiento.

Pero, después Jesús abre un diálogo de una gran hondura con Pedro: “Simón de Juan, ¿me amas más que éstos?” (Jn 21,15). Por tres veces se lo pregunta, rehaciendo con él el camino de las negociaciones. No es un recuerdo de su flaqueza, mucho menos pretende Jesús “pasarse por delante” su traición para juzgarle y condenarle, o para avergonzarle delante de sus compañeros. Tampoco pretende negar su vul-

nerabilidad. Jesús rehace con él camino de la traición porque desea que Pedro pase a sus manos, que se confíe plenamente a él. Jesús conoce su debilidad y le quiere así, y además, quiere enviarle a anunciar el Reino, a hacer realidad la mesa compartida. Pero, Pedro ha de aprender que eso solo es posible si pasa confiadamente su fragilidad a las manos de Jesús, si deja que sea él quien le conduzca y le fortalezca. Pedro ha de aprender que la fuerza de Dios se hace presente en la debilidad (1Cor 1,17-31).

En medio del diálogo con Jesús y, todavía sin comprender del todo, siente la tentación de hundirse en su fragilidad, de impedirse abrir el corazón al Jesús que le muestra todo su amor, entristeciéndose. Todavía está muy centrado en sí mismo. Todavía no ha comprendido que Jesús quiere que se abra, que descubra su amor, que palpe su ternura en la debilidad. Y es al final, en la tercera respuesta de Jesús que Pedro comprende que Jesús le ama así como es, y que, por ello mismo, le encarga amar y amar a sus hermanos, entregarse por ellos y ellas, salir a los caminos a anunciar al crucificado/resucitado. Esa era la mayor prueba del amor que Jesús le tenía.⁴² Ahora es el tiempo del seguimiento, nada más interesa, ni tan siquiera lo que va a pasar con los otros, con los amigos, con los compañeros de camino. Es el tiempo de acoger la misión y el destino de Jesús.

⁴² Así lo expresa SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilias sobre el evangelio de Juan*, 88: “Cristo le pregunta tres veces, y tres veces le ordena lo mismo, demostrando de este modo que estimaba en mucho el cuidado de sus ovejas, y que ésta es la mayor muestra de amor para con él”.

Comentando la frase “esto lo decía para indicar con qué muerte había de glorificar a Dios”, Juan Crisóstomo comenta: “No dijo ‘moriría’, sino *había de glorificar a Dios*, para que aprendas que sufrir por Cristo es gloria y honor para el que lo padece. Después de haber dicho esto, le dice: ‘*Sígueme*’. De estas palabras se deduce su solicitud por Pedro y cuán íntimamente estaba unido a él”⁴³.

Esta vez inicia de verdad el camino desde abajo, y comienza a hacer la experiencia de Dios tocando su propia contingencia. Después de un largo camino con Jesús, ahora, por fin, *sabe* que sólo cuando baja y toca su fragilidad es posible acceder a Dios y descubrir su rostro de amor. Ha dejado de sostenerse en sí mismo para abrirse como criatura a Dios. La humildad se le propone como epifanía de su auténtico ser, como experiencia de humanización, y al mismo tiempo como ámbito de revelación del rostro de Dios.⁴⁴

Ahora también está en condiciones de seguir a Jesús hasta el final, en el gesto supremo del amor. Jesús le invita a ser “pastor”, pero esa tarea está estrechamente vinculada al entregar la vida por los amigos (cf. Jn 15,13), como Jesús mismo ha hecho. Pedro comienza a partir de ese momento una nueva

⁴³ SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilias sobre el evangelio de Juan*, 88.

⁴⁴ Una experiencia semejante hará Jacob. Cf. ELISA ESTÉVEZ, “Para tu libertad bastan mis alas: Encuentros de Jacob con la divinidad”, en Carmen Soto (ed.), *He visto al que me ve*, Estella 2006, 93-125.

andadura: acompañará a las comunidades creyentes en su itinerario creyente. Como dice de él San Basilio, “su caída lo hizo sabio... aprendió a tratar con indulgencia a los débiles al haber conocido él mismo su debilidad” y al haber experimentado que su fuerza radicaba sólo en Cristo.⁴⁵

Conclusiones

La llamada que Jesús hace a sus discípulos/as a vincularse con su proyecto podría sintetizarse en servir como Jesús. El itinerario que comienzan, a su lado y con él, les introduce en la pedagogía del amor y del servicio. No será fácil y Jesús aparecerá como maestro y guía en este largo y a veces doloroso proceso de configuración con él. Jesús les irá acompañando como buena “partera” hasta que alumbre en ellos/as una criatura nueva, hasta que se descubran como gracia ofrecida a la gracia, hasta que consientan, en definitiva, “ser puestos con el Hijo”. Y lo hará vinculándolos a sus experiencias más radicales: la del amor acogido y entregado plenamente, la de la misericordia que se ofrece gratuitamente, la de la vinculación filial con el Padre que lo ha enviado a hacer del universo mesa compartida, porque ama entrañablemente a todas sus criaturas.

En el proceso, Jesús los irá implicando en experiencias en las que irán comprendiendo, acogiendo y viviendo como él. Como buen acompañante, no se lo dirá todo de golpe, sino que los irá adentrando poco a poco, gradualmente, de modo que

⁴⁵ Cf. SAN BASILIO DE CESARÉA, *Homilias sobre la humildad*, 4.

puedan ir “digiriendo”, y haciendo realidad en sus vidas la entrega completa de la vida como él.⁴⁶ Pero, la direccionalidad de sus vidas se les irá mostrando cada vez con más claridad: el servicio como el de Jesús: “El hijo del Hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida como rescate por muchos” (Mt 20,28). Jesús les llamará a reorientar su vida de una manera completamente nueva (“ser pescadores de hombres”, Mc 1,16-20), les enviará a sanar toda enfermedad (Mc 6,7.12 y par.), les mandará ir por los caminos sin alforja, sin bastón, sin dinero... (Mc 6,8), les encargará ser mediadores repartiendo el pan a las multitudes (“dadles vosotros de comer”, Mc 6,37; 8,6), y los alentará escuchándoles y celebrando su entrega por el Reino; pero llegará un momento en que les introducirá en lo que significa entregar la vida plenamente (la transfiguración, los tres anuncios de la Pasión y las comidas del relato de la pascua).

El discipulado va apareciendo ante los ojos de los hombres y mujeres que siguieron a Jesús como una propuesta de un itinerario vital. Sólo implicándose en él, sólo haciendo la experiencia de caminar cada día al lado de Jesús, podrán comprender realmente quién es Jesús y cuál su proyecto. El camino del seguimiento se va presentando ante ellos como aprender a mirar para ponerse al lado de Jesús (Bartimeo: Mc 10,52; multiplicaciones) un salir de sí mismos y abrirse al amor que está atento a las nece-

⁴⁶ Cf. LOLA ARRIETA, *Itinerarios en la formación. Pistas para el camino del seguimiento de Jesús*, Frontera Hegian, Vitoria 2007, 51.

sidades de los otros, que se reparte como “pan” y como “aceite con el que se ungen las heridas” (Mc 6,13), pero Jesús tiene para ellos otra palabra de seguimiento, el ir despojándose de sí mismos para que el amor con que Dios les ama les llene y se manifieste en ellos plenamente en la entrega obediencial de sus vidas. Día a día les confrontará con su verdad más honda, les ampliará la perspectiva y la comprensión de sí mismos y de la realidad, y lo hará con una ternura y un amor exquisitos; los acompañará con su oración y será para ellos camino, verdad y vida.

